

Contradicciones del Capitalismo y Transformaciones Sociales en América Latina

Agustín Lucas Prestifilippo¹

Introducción

Desde hace años, distintas zonas del mundo –Estados Unidos de la forma más emblemática; pero también Europa, en Alemania y Francia, España e Italia, o Hungría y Polonia– atestiguan un resurgimiento de fuerzas políticas reactivas con creciente base social que han sacudido la interpretación “progresista” (Fraser, 2019) con la que el capitalismo se venía presentado a sí mismo desde comienzos de la década del ´90.

Si a principios del nuevo siglo los experimentos de integración transnacional como la Unión Europea o el Nafta comenzaban a despertar las sospechas de que aquella interpretación no consistía sino en una mera legitimación ideológica de la selectividad puramente financiera y comercial con la que el capitalismo globalizado pretendía realizar el viejo sueño cosmopolita del liberalismo (Stiglitz, 2002), el *Brexit* y la reciente aparición de liderazgos autoritarios con voluntad de poder y capacidad electoral han vuelto a plantear en el debate público un problema que recorre las meditaciones de la teoría política y las luchas militantes de las izquierdas desde los tiempos de Rosa Luxemburgo. Nos referimos a la pregunta por la (in)compatibilidad entre capitalismo y democracia.

¹ Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magíster en Estudios Literarios (UBA), y Sociólogo por la misma casa de estudios. Docente de grado y postgrado de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Investigador asistente en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Autor del libro *El lenguaje del sufrimiento. Estética y política en la teoría social de Theodor Adorno* (Prometeo, 2018). Sus investigaciones actuales giran en torno a la Teoría Crítica contemporánea y la Sociología del neoliberalismo. Correo electrónico: alprestifilippo@gmail.com.

Trayendo a memoria los peores recuerdos de la inmediata posterioridad al colapso de Wall Street, este escenario de polarización y radicalización autoritaria en los países centrales luego de la crisis de 2008 permite formular la pregunta de si acaso no estamos siendo testigos, en los albores de la segunda década del nuevo siglo, de una repetición de las impugnaciones con las que el fascismo irrumpió en la sociedad de entreguerras (*Cfr.* Amin, 2014; Traverso, 2019).

Con la victoria electoral en segunda vuelta de Jair Bolsonaro, no ha quedado margen para muchas dudas que la realidad latinoamericana, aun en la heterogeneidad estructural de sus experiencias singulares, no se encuentra exenta de estos sismas. Distintos sucesos permiten reforzar esta constatación en las fronteras del capitalismo desarrollado. Podemos recordar, entre otros, el ciclo iniciado con las movilizaciones de 2014 bajo la consigna “Brasil Livre”, seguido de la destitución de Dilma Rousseff y posterior encarcelamiento de Lula da Silva; la reciente masacre en las calles de Bolivia y su coronación en el Golpe de Estado al gobierno del MAS; o las distintas manifestaciones de *lawfare* que se observaron con menor o mayor éxito en la búsqueda de proscripción de dirigentes populares en Argentina y Ecuador. Las sociedades latinoamericanas, que desde principios del nuevo siglo habían visto surgir experiencias socio-económicas y político-culturales alternativas al destino de la globalización capitalista, crujen en nuestros días por la aparición de nuevas formas de radicalización política que, lejos de impugnar al neoliberalismo capitalista desde una perspectiva descolonizante, parecen más bien oficiar de canales de oclusión de sus encuadres democráticos.

Lo peculiar aquí es que estas nuevas versiones del neoliberalismo, antagónicas con la misma idea del principio fundamental de igual libertad de todos los miembros de una comunidad política, hacen depender su progresiva acumulación de fuerzas de la expresión pura de una violencia cuya legitimidad se nutre principalmente de las fuentes del racismo, la xenofobia, el clasismo y la misoginia (Ipar, 2019). ¿Cómo comprender este proceso en el que se engarzan de formas enigmáticas y desiguales el neoliberalismo y las más oscuras fuerzas antidemocráticas? ¿Cuál es la singularidad de esta expresión del capitalismo en las que los modos de clasificación que constituyeron la dominación colonial desde los inicios de la modernidad (Quijano, 2004) recuperan su capacidad de

atracción precisamente por su enunciación desinhibida en el espacio público político de nuestras sociedades?

Para acercarnos a una respuesta, debemos comenzar por situarlo en una constelación histórica y geográfica en la cual las nuevas formas sociales del descontento se anudan a las recientes contradicciones económicas del capitalismo, en el centro y en la periferia, evidenciando el fenómeno de un agotamiento de las fuentes de legitimación del orden existente. En este marco, el problema de la articulación entre capitalismo neoliberal y politización antidemocrática en América Latina puede ser estudiado a partir de modelos que se diferencian según el aspecto privilegiado al que hacen referencia. Por un lado, se vuelve necesario comprender las condiciones históricas de posibilidad de la crisis global; esto es, cuáles fueron los largos procesos subterráneos que confluyeron en una determinada coyuntura dando lugar a la interrupción de un continuo histórico aparentemente impertérrita en la superficie. Pero también nuestro problema requiere de un estudio de los efectos de esa crisis en la totalidad social; esto es, qué transformaciones pueden registrarse en los distintos niveles del orden social luego del quiebre. Mientras que la primera estrategia de interpretación asume un interés “histórico”, pues se pregunta *cómo* ha sido posible la crisis, la segunda orientación se formula la pregunta “sociológica” sobre *aquello* que esta crisis ha hecho posible.

En este escrito nos proponemos acercarnos a este problema interpretando las transformaciones sociales que han sucedido a la última gran crisis económica del capitalismo en América Latina. Sin pretensiones de asumir una imagen homogénea que, como ya reconociera clásicamente en sus estudios Cornejo Polar (2003), borre los múltiples tiempos que componen las experiencias colectivas que ese nombre invoca, revisaremos algunas discusiones teóricas contemporáneas acerca de estos efectos en el nivel específico de las formas de integración que estructuran las sociedades contemporáneas de nuestra región. En este sentido, nos guiamos por una pregunta que acompaña a la sociología desde sus comienzos, a saber: cómo puede verse erosionada la infraestructura de los apoyos colectivos del individuo por las transformaciones históricas del sistema económico capitalista.



El Aplazamiento de la Crisis y los Dilemas Contemporáneos de las Luchas Sociales

Los análisis recientes de Wolfgang Streeck parten de la premisa de comprender las relaciones entre el neoliberalismo y las actuales fuerzas antidemocráticas desde una mirada integral, en la cual la sensibilidad teórica hacia las diferencias de niveles e instancias de la estructura social no aleja al conocimiento de su relación crítica con la totalidad. De allí que en sus trabajos podamos encontrar no sólo una precisa genealogía de las líneas de causación que confluyeron en la última gran crisis del capitalismo sino también un estudio profundo sobre sus repercusiones en los conflictos prácticos que dividen al mundo social contemporáneo. Con este complejo programa de investigación, que se realiza por medio de un reencuentro entre los lenguajes de la sociología y de la economía política, se presenta una sugerente búsqueda de actualización de la Teoría Crítica de la Sociedad.

Streeck inscribe el triple estallido bancario, de finanzas públicas, y de crecimiento económico que arrastra a la economía mundial desde 2008 en una teoría del capitalismo que, al mismo tiempo en que presenta diacrónicamente una narración histórica de los cambios sucedidos en los patrones de desarrollo, cuenta con capacidad explicativa para articular esas transformaciones en una lógica en la que se reconectan analíticamente economía y sociedad.² Pues para Streeck esos cambios profundos en los esquemas de acumulación dependen siempre del motor de los conflictos distributivos entre las clases que fracturan la totalidad social.

Visto de esta manera, su retrospectiva histórica reconoce que desde fines de los años sesenta y comienzos de los setenta se advierten indicadores económicos que avizoraban desplazamientos de largo plazo en la dinámica

² Para ello Streeck se ve obligado a revisar críticamente los presupuestos “tecnocráticos” con los que algunas expresiones de la Teoría Crítica se acercaron al estudio científico-social del capitalismo, desde los análisis del orden económico nacionalsocialista mediante el concepto de “capitalismo de Estado” hasta la teoría del “capitalismo tardío” de los años de la postguerra. Mientras que el primero declaraba la “primacía de lo político por sobre lo económico”, la segunda remitía las líneas de quiebre del sistema a déficits de legitimación en la población asalariada. Para Streeck este alejamiento teórico de los problemas fundamentales de la economía política sólo podía pagar el alto precio de una renuncia “a una parte esencial del legado de Marx” (2003: 24). Para una reconstrucción alternativa de las primeras “generaciones” de la Teoría Crítica, véase: (Regatieri, 2019).

capitalista. Esos cambios vendrían marcados por la inflexión de un regreso hacia los “mercados autorregulados”. La desregulación del sector financiero, la privatización de empresas de servicios públicos, el desarrollo de nuevas tecnologías de producción orientadas a la diferenciación del producto, o la aparición de nuevos métodos de publicidad, son algunos de los signos más elocuentes al respecto.

Sin embargo, aun cuando ellos evidenciaban mutaciones profundas en el patrón de acumulación, esas transformaciones no pudieron ser diagnosticadas como tales, ni por las direcciones sindicales y políticas que representaban los intereses de los trabajadores, ni por las teorías que se dieron la tarea de estudiar la sociedad capitalista luego de 1945. Dificultades de comprensión, por lo tanto, en un momento en el que más necesarios se hacían los conceptos adecuados para la realización de acciones colectivas que pudiesen responder estratégicamente al lento pero continuo proceso de descomposición de los acuerdos que habían sustentado las instituciones sociales de bienestar desde la época de la reconstrucción.

El motivo de esa ceguera, que la lectura incisiva de Streeck señala en la perplejidad con la que las izquierdas europeas se comportaron desde los setenta, respondía sin embargo no sólo a déficits de perspectiva, sino también a imposibilidades objetivas. Los límites estructurales de lo pensable aquí parecieran haberse acotado notablemente por el relativo éxito de las estrategias estatales de compensación de los efectos desintegradores de estas transformaciones en el patrón de acumulación. Si no se dio un movimiento contundente de resistencia al aumento de la tasa de desempleo o a la mercantilización de los servicios, esto se debió en gran parte, al anudamiento de un complejo entramado de políticas económicas que lograron aplazar el advenimiento visible de una ruptura del modelo de sociedad que había caracterizado a las economías de posguerra. Ese entramado en el que Streeck ubica la sucesión histórica de políticas monetarias inflacionarias, crecimiento de la deuda pública de los Estados, y la promoción del endeudamiento privado de los hogares, configura un mecanismo que buscó

expandir el inventario de recursos en la economía para satisfacer las promesas de prosperidad del capitalismo.³

Precisamente las respuestas de los gobiernos ante estas mutaciones de la dinámica capitalista permitieron que, por un lado, se facilitase el movimiento de liberalización de los mercados y de financiarización de las economías en las que el capital, exonerado de las constricciones impuestas por los marcos nacionales de soberanía estatal, pudo recuperar la curva ascendente de las tasas de retorno de forma exponencial. A su vez, al posponer la crisis, sosteniendo niveles elevados de consumo y estilos de vida promovidos por un “*zeitgeist* optimista” luego de dos décadas de crecimiento rápido y casi ininterrumpido, facilitaron la reproducción de la lealtad en la mayoría de la ciudadanía, garantizando la denegación en los sujetos de los motivos de su malestar, y obturando los canales públicos de expresión de las críticas que pudieran poner en crisis sus fuentes de legitimación.

Para explicar este proceso Streeck reconduce el sentido de estos desplazamientos en la dinámica capitalista al análisis de los conflictos de clase por la apropiación de la riqueza socialmente producida. Esto supone, dice el autor, volver a concebir al capital no tanto como sustancia, esto es: “aparato”, “mecanismo” o “medio de producción”, sino más bien como sujeto; vale decir, como clase social con capacidad de agencia y diagramación de acciones estratégicas orientadas a fines. En este marco, la línea de quiebre del pacto que había sostenido el modelo de sociedad del capitalismo de postguerra puede ser efectivamente asociada al problema de la legitimidad, a condición de incluir en esta cuestión también al capital como actor colectivo. En efecto, para esta clase el déficit de legitimidad se expresa, según la clásica formulación de Michal Kalecki, como “pérdida de confianza” ante un orden que no garantiza una tasa “adecuada” de retorno del capital invertido. Los medios con los que cuenta el capital para solucionar esta adversidad, y volver a acoplar la realidad a sus

³ El correlato de esta lúcida historización, la disolución del “pacto de paz” del capitalismo con la democracia, se confirma de la manera más trágica en América Latina, donde la clausura vertiginosa del Estado de derecho como condición de las reformas neoliberales se realizó a sangre y fuego mediante sendas dictaduras cívico-militares instrumentadas por el imperialismo estadounidense. En esta *otra* historia del neoliberalismo, su faceta “combativa” (Davies, 2016), asume un sentido ominosamente literal.

expectativas, son variados, siendo la renuncia a la inversión productiva, y la relocalización de su patrimonio en nuevos mercados libres de regulación social uno de los más significativos.

Las transformaciones estructurales en el patrón de acumulación que comienzan a gestarse a comienzos de los setenta no serían así tanto el resultado de déficits de lealtad de los ciudadanos, sino de una rebelión del capital ante la idea de continuar participando de la “fórmula de paz” que había sostenido al capitalismo de pleno empleo. La última gran crisis del capitalismo tiene que ser entendida entonces como el agotamiento final del conjunto de herramientas de política económica implementadas por los Estados desde los años iniciales de esas rebelión, cuyo propósito siempre estuvo orientado a posponer un quiebre histórico inevitable ante el rechazo del capital de ceder parte de sus ganancias para garantizar la prosperidad e integración de la sociedad.

Como no podía ser de otra manera, la agudización de las contradicciones recientes del capitalismo neoliberal tiene correlatos en todas las dimensiones de la sociedad. Sin embargo, estas distintas transformaciones sociales están determinadas por una forma dominante que marca la modalidad paradójica que, según Streeck, asumen las luchas colectivas del presente. Pues por la misma tendencia al desplazamiento del conflicto social desde la disputa salarial en el lugar de trabajo hacia el plano transnacional de las tensiones entre Estados soberanos y agentes de la “diplomacia financiera internacional”, la complejidad de la realidad social aparece ante la experiencia de los actores como opacidad completamente ajena al sentido, limitando ostensiblemente su capacidad de incidencia política sobre dicho conflicto. Como decíamos al comienzo, aquí nos interesa estudiar qué desplazamientos sociales pueden estar dándose como efecto de este escenario paradójico luego de la crisis. Formulado a modo de pregunta, ¿qué consecuencias tiene esta situación en el nivel específico de los procesos de integración que estructuran sociedades en la periferia del capitalismo desarrollado, caracterizadas por una desigualdad de ingresos y patrimonios sólo comparable con las de fines del siglo XIX (Piketti, 2019; Pérez Sáinz, 2016)?

Interregno Capitalista y Transformaciones en los Procesos de Reproducción



Streeck caracteriza el orden social que ha dejado la crisis a partir de la imagen gramsciana del *interregno*, en donde “lo viejo agoniza y lo nuevo no puede nacer”. Al determinar al orden social con esta metáfora se alude a una temporalidad difusa, transicional, una *Sattelzeit* (Koselleck) signada por la interrupción de las estructuras que regulaban un orden previo pero abierto a una indeterminación en la que todavía no se han instituido nuevas relaciones normativas que establezcan expectativas generalizadas de roles. Precisamente la simultánea discordancia entre la identificación de un período como transicional y la dilatación indefinida de su duración en el tiempo es lo que para Streeck define las contradicciones del presente, y lo que hacía suponer, ya en 1930, que los interregnos podían “dar lugar a los fenómenos morbosos más variados” (Gramsci, 1981: 37).

En el interregno duradero del neoliberalismo luego de su crisis los presupuestos institucionales sobre los que se sostiene la coordinación de las acciones sociales son motivo de una duda hiperbólica. Para desarrollar conceptualmente esta posibilidad, Streeck propone recuperar “libremente” la distinción teórica de David Lockwood (1964) entre integración sistémica e integración social. Como podrá recordarse, en su clásico escrito sobre esta cuestión en las sociedades industrializadas, Lockwood discute con aquellas perspectivas que, como la teoría del conflicto y el funcionalismo normativo, no han sido capaces en su unilateralidad de responder satisfactoriamente a la pregunta sociológica elemental sobre las relaciones entre orden y cambio social.

Mientras que, por un lado, los autores de la teoría del conflicto cuestionan en la sociología funcionalista el excesivo énfasis en las dimensiones estabilizadoras de las instituciones, cuyos efectos teóricos redundan en una incapacidad para explicar las luchas sociales por el poder –y con ellas, el estatuto inestable de toda autoridad–; por el otro, el funcionalismo normativo acusa a su contendiente de recortar artificialmente el modelo de la acción estratégica, generalizándolo como modelo paradigmático de los vínculos sociales. Como resultado de esta selectividad unilateral, se inhibe a comprender los compromisos valorativos que comparten quienes incluso se orientan en sus acciones por propósitos motivados por una mera voluntad de poder. Ante esta mutua

insuficiencia en la que ambas posiciones se contraponen, Lockwood propone la distinción al interior del fenómeno de la integración entre su modalidad sistémica y su modalidad social. Aun cuando ambas sean necesarias para una correcta concepción de las relaciones entre orden y cambio en las sociedades modernas industrializadas, presentan lógicas heterogéneas que requieren ser estudiadas en profundidad.

Las relaciones sociales que organizan una sociedad se tejen siempre alrededor de un conjunto dado de condiciones materiales. Éstas incluyen no sólo los medios técnicos de dominación de la naturaleza, sino también los medios técnicos de dominación social. Los mecanismos de coordinación de las acciones que posibilitan la implementación de estos instrumentos de coacción forman parte de la modalidad sistémica de integración de una sociedad: “El problema de la integración sistémica apunta a las relaciones ordenadas o conflictivas entre las partes de un sistema social” (Lockwood, 1964: 371). Por lo tanto, una fuente de tensión en este contexto responde a los desajustes funcionales que puedan darse en las búsquedas de resolución eficaz de problemas técnicos por parte de los aparatos de dominación de una sociedad. Por el contrario, “el problema de la integración social se enfoca a las relaciones ordenadas o conflictivas entre los actores” (*Ibid.*), esto es: entre los estratos sociales que organizan sus relaciones alrededor de las condiciones materiales en órdenes institucionales específicos. Aquí el punto focal del conflicto ya no se ubica en la relación funcional entre las partes de un sistema y su entorno, sino en las relaciones sociales entre actores colectivos con “aspiraciones” diferenciales o pretensiones de reconocimiento heterogéneos.

Continuando estos pasos, y ante la tarea de dar cuenta de los dilemas sociales del “capitalismo tardío”, Jürgen Habermas también ha identificado la necesidad de atender a las modalidades diferenciales de integración a los fines de fundamentar un concepto de totalidad social que no repita los *impasses* en los que recae el pensamiento contemporáneo. Aquí las perspectivas con las que se discute ya no serán el funcionalismo normativo y la teoría del conflicto; sino los déficits, por un lado, de un idealismo hermenéutico en la sociología comprensiva; y, por el otro, de una nivelación de las diferencias conceptuales en la teoría de

sistemas. Para ello, Habermas adoptará una estrategia conceptual que consiste en determinar su concepto de sociedad de manera dúplice a partir de las categorías de sistema/mundo de la vida, en el marco más amplio de una teoría de la modernización que, en última instancia, se remonta al concepto de *racionalización* de Max Weber. Según esta interpretación, los mundos culturales relativamente homogéneos en los que las sociedades pre-modernas encontraban la fuente de su reproducción quedarán sujetos a un proceso de diferenciación interna en los que la integración social se expresará como *una* de las diferentes formas de relación humana con un mundo pluralizado en distintas concepciones de la objetividad (naturaleza, cultura, sociedad y subjetividad).

Cabe decir aquí entonces que las relaciones sociales en las que se urde el vínculo del actor con las expectativas institucionales de un orden social son formas de reproducción simbólica de un mundo de la vida –cuyo trasfondo presuponen y que ratifican en su actualización comunicativa–, pero que trabajan en conjunto con otras formas de regulación simbólica en las que también intervienen actos ilocucionarios donde los sujetos entablan relaciones interpersonales para entenderse acerca de algo, difiriendo en cada caso aquella dimensión del mundo al que hacen referencia. El fenómeno de la *integración social* alude así al problema específico que implica la coordinación de las acciones de un individuo con la normatividad de un orden institucional, en forma análoga en que la *reproducción cultural* atiende al problema específico de la coordinación de las acciones de un creyente con los valores transmitidos por una tradición, o la *socialización* a las cuestiones relativas a la incorporación de las capacidades y habilidades de comportamiento adulto en el ámbito familiar.

En esta reformulación, la otra modalidad de la integración que diferenciaba Lockwood también será resignificada en el marco más amplio de una profunda discusión con la teoría de sistemas. Los sistemas funcionan como formas de articulación de las acciones orientadas hacia el control de la naturaleza y la sociedad. Como efectos del proceso de diferenciación interna del mundo de la vida, ellos contienen potenciales liberadores que se expresan en técnicas al servicio de la satisfacción de las necesidades materiales de los seres humanos. Sin embargo, su capacidad sólo puede ser concebida legítimamente como

potencialidad emancipatoria allí donde su estudio no lo independice de las formas de regulación que caracterizan los procesos de reproducción simbólica del mundo de la vida. Pues precisamente en esto reside la “incontenible ironía” en la que para Habermas ha desembocado el proceso de racionalización social: las formas sistémicas de integración no pueden prescindir de la estructura “deslingüística” de sus medios de control, como el dinero y el poder, sin que esto las aleje de la finalidad para la que fueron producidas. Puesto que la reproducción material de una sociedad requiere de acciones eficaces en su capacidad productiva y organizativa, sus criterios no pueden ser otros sino los que residen en la capacidad de dominación técnica. Pero paradójicamente el progresivo aumento de la complejidad de los mecanismos sistémicos no sólo “no admite una actitud de conformidad normativa ni afiliaciones sociales generadoras de identidad, sino que más bien destierra éstas a la periferia” (Habermas, 1988: 231).

Sistema y mundo de la vida expresan de esta forma dos dimensiones de la reproducción social, en las que intervienen racionalidades distintas – instrumental/estratégica y comunicativa–, formas de acción heterogéneas – orientadas al propio éxito o hacia el mutuo entendimiento–, y medios de vinculación diferentes –de control y lingüísticos–. Pero en su evolución histórica, este dualismo, prerequisite necesario para comprender la complejidad de las sociedades capitalistas desarrolladas, ha conducido a la producción de nuevas formas sociales de opresión y sufrimiento que solicitan ser identificadas y explicadas. Pues si la diferenciación de los sistemas económicos y administrativos que se desprenden de la racionalización del mundo de la vida tienen la tendencia a violentar las lógicas simbólicas de reproducción social, imponiendo su racionalidad particular como criterio único de evaluación de todas las acciones, entonces será una de las tareas fundamentales de la Teoría Crítica de la Sociedad la de detectar las patologías sociales de esos procesos, reconstruyendo los potenciales de emancipación contenidos en las estructuras del mundo de la vida, que la modernización capitalista sólo ha obturado en su lógica obstinada de desarrollo.



La reformulación de las tesis de Lockwood en términos de una Teoría Crítica orientada al diagnóstico de las patologías sociales de la racionalización capitalista sienta sólidas bases conceptuales y normativas sobre las que pueden desarrollarse análisis de los “fenómenos morbosos más variados” (Gramsci). En el caso de Habermas, la determinación de la colonización sistémica del mundo de la vida como fuente privilegiada de crisis permitía extraer la conclusión de que la expansión de las modalidades de integración sistémica que requieren los procesos de reproducción material no contribuyen a un enriquecimiento de las formas de reproducción simbólica que estructuran los órdenes institucionales de la esfera privada y de la esfera de la opinión pública, sino que las empobrecen culturalmente –como se observa en las tendencias a la tecnificación de la vida política– incluso conduciendo al peligro de su completa destrucción –como muestran las formas del padecimiento ante los procesos de mercantilización de lo íntimo–. Evidentemente, Streeck (2009: 249) presupone estas reformulaciones críticas de la distinción de Lockwood para dar cuenta tanto de las nuevas “morbosidades” que produce el interregno neoliberal como de las posibilidades que se abren para una acción colectiva orientada hacia la emancipación social.

“Menos que Sociedad”: desintegración sistémica y entropía social

A primera vista, pareciera que la recuperación de Streeck vuelve a simplificar la cuidada diferenciación conceptual con la que Habermas había ofrecido una compleja idea de totalidad social capitalista. En efecto, en el uso “libre” que propone Streeck regresamos nuevamente a la distinción original de Lockwood entre modalidades sistémicas y sociales de integración. Sin embargo, visto con mayor detenimiento aparece lo que en realidad impulsa este regreso; a saber: la pretensión de volver a pensar enfáticamente qué significa integración sistémica. Pues para el estudio de Streeck los medios lingüísticos de la reproducción simbólica de la sociedad no son necesariamente el principal eje de los dramas del presente. Podría incluso sostenerse que sus análisis acerca del orden social en el interregno neoliberal presuponen la teoría habermasiana de la moderna estructura diferenciada del mundo de la vida.

Lo que aquí sí resulta problemático en esa teoría es el modo en que una estrategia conceptual expresamente dualista, por su carácter abstracto y dicotomizante, pierde la sal de la dialéctica en la que ambas modalidades de la integración se imbrican mutuamente en la historia. Para desarrollar esta sospecha, compartida por muchos de los representantes contemporáneos de la Teoría Crítica de la Sociedad (Honneth y Joas, 1991), Streeck radicalizará la tarea de la distinción conceptual, pero ahora con el propósito de complejizar lo que con Lockwood denominábamos modalidad sistémica de integración. Radicalizar una distinción aquí significa no sólo diferenciar lo que se consideraba idéntico, aportando rendimientos conceptuales a una perspectiva epistemológica, sino también realizar una operación eminentemente *crítica*, que resulta de un giro materialista en la teoría. Ese desplazamiento se da en el traslado del marco en el que trabajan los conceptos, en dos pasos: primero, desde el encuadre filosófico-histórico de la racionalización moderna hacia la narrativa histórica de la dinámica reciente del capitalismo; y segundo, y al interior de esta dinámica, de un concepto de capitalismo “tardío” u “organizado” hacia una noción de capitalismo “neoliberal”. El primer desplazamiento es crucial para atender al segundo, puesto que lo que posibilita el pasaje de la filosofía a la historia, de la lógica evolutiva a las gramáticas de los cambios institucionales y las luchas colectivas, es la interpretación de las diferencias en las operaciones de coordinación sistémica de las acciones sociales como transformaciones producidas *por* un proceso concreto de antagonismos de clase. Vale decir, lo que habilita el giro materialista de la actual Teoría Crítica de la Sociedad es la recuperación de una variable independiente para explicar las transformaciones recientes del patrón de acumulación capitalista (Streeck, 2009).⁴

Aquí el sentido de la crítica materialista no consiste tanto en la descripción de un orden secuencial de sucesos evidentes empíricamente, sino en la interrupción des-totalizadora que precisa los elementos sistémicos como instancias con diversos niveles de eficacia, las cuales varían en función de la fuerza organizativa y conciencia histórica de los estratos sociales en sus conflictos

⁴ La cual podría ser concebida en conjunción con el concepto de racialidad del poder, a los fines de un estudio preciso sobre el modo en que han operado estas transformaciones en sociedades de pasado colonial. Véase al respecto (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007).

prácticos. No será una tarea menor entonces la de reconstruir el *peso relativo* de cada una de ellas, diferenciando cuáles ocupan posiciones dominantes en un determinado momento.

Veamos pues en qué ha consistido la modalidad sistémica de integración en la sociedad capitalista reciente y cómo ha variado institucionalmente en el tiempo. En el análisis de Streeck esta cuestión no aparece enunciada positivamente. Ella se entrevera en sus análisis del interregno neoliberal. Una sociedad en interregno estaría signada por

(...) una descomposición de la integración sistémica a escala macro, que privaría a los individuos a escala micro de estructuración institucional y de apoyo colectivo, y que desplazaría la carga de ordenar la vida social, de dotarla de un mínimo de seguridad y estabilidad, a los propios individuos y a los dispositivos sociales que puedan crear por sí mismos (Streeck, 2016: 14).

De esta breve caracterización puede extraerse una definición mínima de cuáles son las competencias de los mecanismos sistémicos de integración. Al posibilitar un arraigo institucional de los individuos como sujetos sociales, ellos regulan normativamente sus relaciones en función de expectativas de rol estabilizadas “a escala macro”. Esta idea de integración sistémica como fuente de seguridad de estatus y apoyo colectivo la ve operando Streeck en el lapso de los treinta años que siguieron a 1945, en el que las mismas devastaciones de la guerra, la amenaza representada por las posiciones soviéticas y los movimientos de compensación en América Latina, obligaron al capitalismo europeo a un acoplamiento a los requerimientos extra-capitalistas de la institucionalidad estatal. Durante el excepcional tiempo en que tuvo vigencia esta modalidad de integración sistémica, la regulación de la administración estatal ocupó una posición dominante, dictando los límites legítimos de la acumulación privada en función de criterios ajenos a la pretensión capitalista de valorización. Precisamente por esa coerción política del capital que caracterizó a la integración sistémica es que este momento también puede ser denominado “capitalismo democrático”. Pero en la caracterización de Streeck la función de control que caracterizó al ejercicio del medio poder por parte de la burocracia estatal no aparece como el producto de una lógica anónima de dominación abstracta –aquí el “sub-sistema administrativo” no genera “intercambios” entre *inputs* y *outputs* con el mundo de la vida como su “entorno”–; sino que, por el contrario, este

anclaje institucional se presenta como un verdadero campo de batalla: caja de resonancias de peticiones de justicia articuladas por una clase social organizada y movilizadora en el ámbito de una esfera de opinión pública íntimamente dividida por luchas y antagonismos orientados a la democratización de la apropiación de la riqueza socialmente producida.

Así como esta reformulación de la categoría de integración sistémica en términos de una concepción histórica y materialista concibe al poder político del Estado como una capacidad de influencia direccionada por los coeficientes de fuerzas sociales en lucha en un momento determinado de la historia del capitalismo, del mismo modo debe revisarse la estructura del otro medio de control que incluíamos con Habermas en los mecanismos funcionales de integración sistémica. El dinero “habla” en términos de precios relativos y beneficios; pero, a diferencia de la caracterización funcionalista de la teoría de sistemas, aquí su manera de comunicarse no puede concebirse ajena a las tensiones del mundo de la vida, sino como producto del antagonismo entre clases con intereses y principios de justicia contrapuestos. Esto supone que el mercado es siempre ya, histórica y sistemáticamente, un proceso cristalizado en el que han intervenido distintas formas de “incrustación” (*embeddedness*) de acciones orientadas a la maximización de beneficios (Polanyi, 2001). La incrustación social del medio dinero entonces es su otro sin el que éste no sería posible. Sin esta infraestructura institucional de regulaciones, en las que intervienen compromisos valorativos, obligaciones normativas y plexos jurídicos, el medio de control del dinero no estaría en condiciones de resolver eficazmente los problemas de coordinación para los que es empleado.

Pero las formas de incrustación institucional de las acciones económicas no constituyen una noción de esencia transtemporal. Ellas no sirven para una mera ampliación complementaria de la teoría económica estándar de la elección racional, en la que se ratifica el prejuicio de la eficiencia por medio de la incorporación de conocimientos elaborados en función de evidencia empírica sobre la historia de las prácticas culturales de una comunidad. La “*embeddedness*” no es en sí misma un requisito funcional que opere siempre, en todo momento y en todo lugar, detrás de los cálculos de beneficio,

garantizándoles su adecuada, esto es: eficiente, realización social en relaciones contractuales (Beckert, 2009).

Para constatar el modo en que se transforma la incrustación institucional en el remolino histórico, basta con regresar a las determinaciones con que nos habíamos acercado al presente del neoliberalismo luego de su última gran crisis en 2008. En efecto, las transformaciones al interior de las formas sistémicas de integración que pautaron la tendencia de desarrollo neoliberal desde la década del '70 tuvieron como efecto el socavamiento de sus propias bases de sustentación simbólica –vale decir: el presupuesto tácito de que sin una relativa limitación social de la mercantilización capitalista, el mismo orden económico se vuelve insostenible–destruyendo progresivamente las fuentes internas de oposición sin las cuales el sub-sistema de la economía de mercado no podría estabilizarse como un orden social legítimo.

Por lo tanto, en la medida en que las estructuras de integración sistémica que coordinan las acciones de mercado no son ajenas a la degradación del tiempo, están sujetas a esta dialéctica negativa de la historia capitalista. Las mutaciones en la correlación de fuerzas sociales son las que aquí vuelven comprensibles estas transformaciones. Precisamente la liberación del capital de las formas de regulación sistémicas del poder estatal, lo que hemos caracterizado como una rebelión empresaria contra la regulación democrática de la economía de mercado, tiene como correlato el desarraigo institucional de la sociedad. A este proceso Streeck lo denominará *desintegración sistémica*. El mismo consiste en sentido estricto en la transfiguración institucional del Estado: de sub-sistema de control democrático de la economía capitalista a medio de expresión de las demandas de justicia procedentes de los agentes del mercado. La institución estatal se convierte así en canal de desdemocratización de la economía al servicio de tasas ilimitadas de ganancia de los propietarios del capital.

El correlato de la “larga transformación” del capitalismo tardío de posguerra hacia el neoliberalismo no fue entonces solamente el estancamiento de la actividad en la economía real, el aumento grotesco de las desigualdades tanto de ingreso como de riqueza, y el incremento de la deuda pública y privada (Streeck, 2013: 54), sino también la progresiva desintegración sistémica de la



sociedad, la cual se ha hecho visible crudamente en los tiempos presentes del interregno luego de la crisis. Streeck caracteriza el correlato de la “larga desintegración” como una sobrecarga de los individuos con la tarea de resolver, por sus propios medios, la función de coordinación de las acciones que los apoyos colectivos de las instituciones sociales garantizaban. Al no darse la integración sistémica que suponía la domesticación político-estatal de la economía de mercado, el problema de la integración de los agentes –el capital, los trabajadores y los consumidores– al sistema económico debe resolverse sin el apoyo de la mediación institucional. La ausencia de un patrón de regulación sistémica, la disolución de los compromisos sociales y de las obligaciones de rol que implicaba la dominación burocrática del Estado, produce así un orden social signado por una indeterminación que vuelve virtualmente ingobernables las posibilidades de coordinación de las acciones económicas. Del lado de los individuos, la *entropía social* lleva a que los sujetos se vean obligados a tejer estrategias de supervivencia y a la improvisación obligada de mecanismos que permitan responder a las demandas de un sistema económico concebido a imagen y semejanza de la “productividad marginal” como único principio de asignación de recursos.

La conversión oligárquica del poder económico en poder político que ha marcado el capitalismo en su fase neoliberal; esto es, la dominación de los resortes de la autoridad estatal por parte del capital financiarizado, lleva a que la ausencia de mediación que implicaba la integración sistémica, lo que Streeck denomina el devenir “menos que sociedad” de la sociedad, sea colmada por dos fuentes de legitimidad: del lado del individuo, la *conducción de su vida* se nutre de la economía pulsional de afectos como la codicia y el miedo en tanto fuentes de motivación última de su obcecada participación en el orden social. Detrás de esta restricción a esta dimensión reactiva de los sentimientos de aidez e inseguridad, el sujeto se socializa bajo la percepción cínica de que en el orden social que pauta el interregno neoliberal luego de la crisis sólo caben las orientaciones de acción estratégicas orientadas al propio éxito individual en una lucha competitiva por la supervivencia. De allí que los sujetos individuales en el interregno entrópico del neoliberalismo puedan ser tan proclives tanto a la



realización extrema de esfuerzos para sostener su participación en los mercados como al constante endeudamiento privado con tal de sostener una práctica de consumo de mercancías cada vez más diferenciadas, concebida como medio privilegiado de realización personal. Mientras que la disposición al sacrificio de toda dimensión de la vida que exceda el circuito de la valorización conforma los métodos de una conducción de la vida que recuerda de lejos el ascetismo intramundano que caracterizó a los primeros burgueses en los grupos religiosos del puritanismo, por su parte la disposición a configurar la propia vida según el criterio estético de un “estilo” trae a memoria el hedonismo propugnado por los grupos de bohemios románticos.

Pero esta productividad social de la dimensión meramente reactiva de la afectividad humana no sería posible sin el acicate de las formas novedosas de interpelación ideológica que produce la *cultura* neoliberal (Prestifilippo y Wegelin, 2016). Entre la desintegración sistémica y la entropía social penetran ideologemas que sirven para sustituir, aunque más no sea precaria e intermitentemente, las fuentes sistémicas de motivación que ofrecían las instituciones estatales en el capitalismo democrático. De las múltiples y contradictorias exigencias que hoy configuran la constelación ideológica de la cultura neoliberal luego de la crisis, destacaremos aquí tres mandatos que posibilitan el reconocimiento ideológico de los individuos como miembros sociales en tiempos de entropía:

a) extensión de un nuevo ascetismo sacrificial que permite valorar positivamente la autoexplotación ilimitada en una figura de la subjetividad laboral que toma el modelo individualista del emprendedor o empresario de sí como paradigma de todo desempeño económico;

b) jerarquización de valores comerciales al servicio de un hedonismo despreocupado en el que el consumo de productos diversificados y continuamente mejorados por nuevas tecnologías postfordistas facilita recursos de identificación imaginaria con las mercancías; y, por último

c) aparición de modalidades discursivas de un securitarismo cruel que facilita la interpretación de los “otros” como amenazas a la propia vida, las cuales deben ser neutralizadas mediante una violencia anticipatoria.

A continuación nos detendremos en algunos aspectos de esta última ideología, a los fines de indagar qué modalidades de reintegración está promoviendo en el interregno desintegrado y entrópico del orden social neoliberal.

Después del Desarraigo: la cultura neoliberal y los enigmas de la crueldad

Que con la crisis de 2008 se puso en evidencia la insostenibilidad de un orden social vacío no sólo de recursos monetarios para continuar posponiendo el colapso, sino también de las mismas fuentes de legitimación con las que hasta ese momento aquellas reformas se habían justificado, lo supo registrar con mordacidad incluso cierta tendencia contestataria al interior del nuevo cine comercial de Hollywood. El montaje con el que comienza *Capitalism: A Love Story* (Moore, 2009) refleja con cruda elocuencia los primeros síntomas de morbidez que empezaban manifestarse a pocos meses de que la crisis se haya desatado.

El film, que abreva en el documental realista de denuncia, inicia con la sucesión de registros audiovisuales que realizan tres familias de trabajadores al momento de ser desalojadas en distintos puntos geográficos de Estados Unidos. Inmediatamente después, el ojo de la cámara – que ahora asume el punto de vista del director –, nos presenta un joven agente inmobiliario, cuya carrera en ascenso en el Estado de Florida se ha forjado en base a la oferta de información sobre viviendas con hipotecas ejecutadas. Sin eufemismos ni señas de rubor, el joven declara que el mejor análogo para describir su trabajo se encuentra en la fauna de las aves. Más específicamente, en el comportamiento de los buitres. Sobrevolando un campo repleto de cuerpos agonizantes, entre cadáveres en descomposición, el buitre hace de la debilidad ajena la oportunidad de su provecho. Ante la evidencia irrefutable de los hechos, la sonrisa incrédula del joven emprendedor no refleja necesidad de exculpación alguna; en efecto, dice, “esto es el capitalismo”.

La crisis hizo crujir la consistencia simbólica de la ideología que impulsó el despliegue heroico del neoliberalismo en los decenios que siguieron a la reunificación del mundo capitalista (Harvey, 2007). Esa ideología, casi una

narrativa épica, tuvo la capacidad de convocar a vastos estratos de la sociedad, a partir de promesas de prosperidad cargadas de anhelos liberadores en los que la humanidad podría finalmente hacer realidad, en el plano interno, los ideales libertarios de una autonomía ilimitada para la creación de proyectos (Boltanski y Chiapello, 1999) y, en el plano externo, el sueño cosmopolita de una convivencia pacífica sin divisiones culturales ni fronteras políticas (Jameson, 1990). La revelación de las contradicciones del capitalismo que expuso la crisis, la visibilidad extraordinaria de la fractura en la que se sostenía la totalidad social desde los años setenta, puso de manifiesto la realidad de las oposiciones sociales que aquella “lógica cultural” (Jameson) del neoliberalismo había procurado denegar.

Pero la obscenidad que expresa el discurso del joven broker inmobiliario no es tolerable por demasiado tiempo. Aun cuando en la *Sattelzeit* de interregno que inauguró la crisis el cinismo de los perversos pauta una dimensión de resignación e incredulidad en la subjetividad contemporánea (Streeck, 2016: 34), la frustración ante el derrumbe de las promesas incumplidas ha dado lugar a la emergencia de nuevas creencias que, a modo de mitos, permiten a quienes las asumen resolver algunas de las aristas más traumáticas de las contradicciones expuestas. Veámos que en un tiempo de interregno pueden darse acontecimientos cuya lógica se presenta indescifrable a sus contemporáneos precisamente por el debilitamiento del potencial hermenéutico del horizonte que delimitaba lo legible de una época. Ante la experiencia de lo real de las divisiones, han comenzado a sedimentarse narrativas que, como los ideologemas del mérito en el trabajo y del consumo como estilo de vida, han procurado apaciguar el daño insoportable que produce la desintegración sistémica en la vida del yo.

Efectivamente, frente a las nuevas formas de padecimiento en tiempos de precarización generalizada (Prestifilippo y Wegelin, 2019), el sujeto cobija los ideologemas de la cultura neoliberal como instancias de descarga libidinal, sirviéndose de ellos como medios de externalización de la identificación hacia objetos con los que se logra un enlace afectivo. Ese desplazamiento puede orientarse hacia el yo como objeto privilegiado, hacia las cosas del mundo o

hacia los otros sujetos. Frente a la sensación de falta ante el mandato perverso de una integración que debe edificarse sólo a costas de las estrategias del individuo, la ligadura con un objeto permite descomprimir el peso de la angustia. Pero estos enlaces afectivos que posibilita la cultura del interregno neoliberal producen sus descargas de formas diferentes. Quisiéramos detenernos en el modo singular en que se da hoy una ligadura que no opera bajo el modelo de la sublimación, “dulcificando las pasiones”, sino, por el contrario, radicalizando las tensiones que fracturan al sujeto hasta el paroxismo. Se trata de una forma de identificación afectiva que direcciona la agresividad hacia “otros”.

¿Cómo interpretar esta operación paradójica de una pacificación mediante declaración de guerra? Pues aquí de lo que se trata es de un trabajo cultural de agudización de las contradicciones, de polarización de las identidades en un llamado al combate que trabaja sobre lo que Balibar ha denominado el enigma de la crueldad en el sujeto (2005: 110). La ideología aquí llama a una acción, conmina a la participación social, y al involucramiento en el ejercicio activo de la destrucción de un objeto externo como carnadura emblemática de una amenaza. Esta interpelación “incide en los estratos más profundos y sensibles de la identidad social e individual, donde se toman decisiones sobre el respeto y el desprecio, la inclusión y la exclusión, el reconocimiento y la excomunión” (Streeck, 2017).

Se trata de una conminación ideológica al ejercicio de una violencia anticipatoria contra una amenaza que proviene de “otros” que no responden al llamado del presente: vidas vulnerables que, en sus formas débiles de resistencia al neoliberalismo, no se subordinan automáticamente a las demandas que conforman las ideologías individualistas del mérito emprendedor o del hedonismo consumista. Esos *otros* los figura la ideología de la crueldad como:

los «enemigos» contra los que ahora se dirige están en gran medida desprovistos de poder y se hallan dentro del propio sistema neoliberal. En algunos casos, como los de aquellos traumatizados por la pobreza, la deuda y el hundimiento de las redes de seguridad social, ya han sido en gran medida destruidos como fuerza política autónoma. Pero de algún modo esto aumenta el impulso de castigarlos más aún (Davies, 2016).

Esta interpelación toca los nervios más enigmáticos del sujeto contemporáneo porque se sitúa allí en donde opera una dimensión afectiva que,

a diferencia de la erótica, se rebela a toda inhibición cultural (Brown, 2019: 165 y ss.).

Lo que desconcierta aquí es que la subjetividad intente mitigar *de esta forma* el desasosiego que produce la intensidad y la multiplicidad de los conflictos que desgarran a la totalidad social capitalista en nuestro presente. Por lo tanto, aquello que requiere de mayor explicación son las condiciones de eficacia de una interpelación que impulsa a participar de un juego en el cual se continúa profundizando la precarización de las vidas, el daño y la violencia social. La hipótesis que quisiéramos sostener es que la aparición de esta ideología logra ofrecer, en sus heterogéneas narrativas del odio y en las obscenas figuras retóricas que moviliza, no sólo nuevas formas de justificar la desigualdad social creciente y los daños infligidos a quienes excluye, sino fundamentalmente *estrategias de reintegración* en una figura extraña de la comunidad en tiempos de desarraigo neoliberal.

Para desplegar esta hipótesis revisemos una escena. Se trata de uno de los debates presidenciales del partido republicano durante la campaña electoral de 2015 en Estados Unidos. En un momento, Wolf Blitzer, el moderador del debate que transmitió en vivo la cadena de noticias CNN, le plantea al congresista de Texas y entonces candidato presidencial Paul Ron la pregunta por lo que debería hacer el Estado ante la “hipotética” –y para nada ingenua– situación de un trabajador que, ante una problemática de salud de extrema gravedad, no cuente con cobertura médica privada.

La respuesta del congresista no se hace esperar, y escuchamos que ese trabajador tendría que hacerse cargo de sus propias decisiones, asumiendo así la responsabilidad por las consecuencias de sus actos. Puesto que en eso consistiría la libertad; a saber: en asumir riesgos a título personal. La escena no termina aquí, sino con la sorprendente reacción que despertó la respuesta del candidato ante el público, expresada en un acalorado aplauso, gritos de júbilo y una celebración colectiva. Cuando el moderador pregunta si lo que se estaba insinuando es que la sociedad debería dejar morir al trabajador, el mismo público se ocupa de despejar toda duda. Uno tras otro, los integrantes del público clamaron a los gritos la afirmación de la condena.



¿Qué problemas son los que aquí se han puesto en escena? Detrás de estas manifestaciones de entusiasmo colectivo ante la posibilidad de dar la muerte, directa o indirectamente, a quienes no pueden pagar en el mercado los servicios de salud, se solapan múltiples determinaciones que hacen a una dimensión novedosa y estructural de la actual configuración ideológica del neoliberalismo luego de su crisis. Puesto que la idea que el Estado es “muy grande”, vale decir, que el Estado gasta más de lo que recauda generando déficits fiscales, o que el Estado interviene “demasiado” en el mercado, por ejemplo, emitiendo más dinero del que debería, son conceptos ya clásicos de un modelo de libertad de mercado que puede ser retrotraído a las discusiones contra el Estado de Bienestar emprendidas por autores como Menger, Hayek o Nozick (Cfr. Peck, 2010), y que tuvieron pregnancia en toda la historia del neoliberalismo desde los ´70. Sin embargo estas ideas no dejaban de formar parte de una *doctrina* que no lograba trascender los estrechos límites de un debate entre “expertos”.

La ideología que nutre la sobrevida del neoliberalismo en tiempos de interregno parecería haber logrado hacer de la vieja tensión entre democracia y capitalismo un juego de suma cero en el que ya no es necesario hacer uso de grandes racionalizaciones o complejas justificaciones académicas para sostener posiciones ideológicas anti-democráticas. Tampoco es necesario, como en su fase utópica, comprometer a la población a una serie de sacrificios mediante un sueño salvífico de redención futura. En nuestros días esa vieja oposición entre mercados y política democrática parece haberse resuelto decididamente a favor de los primeros, abriendo un espacio simbólico liberado de toda constricción normativa.

Lo inédito aquí no es sólo *lo* que se dice, un mensaje nutrido de las tradiciones más oscuras del sadismo y la crueldad política que nos remiten a los rituales de violencia y sumisión de los fascismos del siglo pasado, sino también que la *modalidad* de su enunciación ya no pueda restringirse a un ámbito limitado de validez, como el que se expresaba en las doctrinas del ordoliberalismo o de la Escuela Austríaca, sino que se haya ampliado a lo que podríamos llamar un nivel *espontáneo*, haciéndose carne en las prácticas ritualizadas de los agentes sociales. De esta generalización social de la crueldad como instancia fundante de sociabilidad depende tanto la articulación de

movimientos sociales antidemocráticos como el progresivo e ininterrumpido aumento del caudal electoral de dirigentes políticos de extrema derecha al que hacíamos referencia en la introducción.

Analícemos pues los distintos niveles en los que aquella escena reveló al modo de un síntoma las transformaciones ideológicas profundas que hacen comprensible la cultura neoliberal del interregno capitalista. Una primera dimensión se presenta en la idea de libertad esgrimida. Para la audiencia del Tea Party era evidente que aquel trabajador caído en desgracia no tenía que ser protegido por el Estado porque él había decidido *consiente* y *voluntariamente* no pagar un servicio de salud privado, y al hacerlo había asumido los riesgos de esa decisión. Precisamente por ello, quien asume sus riesgos debe también responsabilizarse por sus actos, cargando de esta manera con las consecuencias para su vida.

Lo decisivo es que para el colectivo que ovacionó esta noción de libertad no sería justo que el Estado intervenga asignando un presupuesto para cubrir los gastos médicos del tratamiento a los vulnerables de la sociedad. En la medida en que la cobertura médica no es un derecho de todo ciudadano que tenga que ser garantizado por el Estado, sino una mercancía a la que se accede por dinero, es ocioso diferenciar si el joven en cuestión “no quiso” contratar el servicio o “no pudo” hacerlo por falta de ingresos. El mercado asigna los recursos según un criterio que no es moral, vale decir: particularista, sino “natural” u “anónimo”, y por lo tanto: universalista. Se configura así un principio de justicia distributiva encarnado en esta concepción de la libertad de mercado que tendrá un papel fundamental para entender esta declinación punitivista de la ideología neoliberal. Sin embargo, esta idea de *justicia de mercado* que asigna una distribución correcta de bienes y recursos, determinando desigualdades, violencias, y hasta muertes justas, presupone un imperativo contradictorio que puede conducir a la locura: se nos obliga de manera perversa a convertirnos en sujetos capaces de asumir riesgos en mundos sociales dominados por la inestabilidad económica y la inseguridad social. Responder exitosamente al imperativo del mercado implicaría transformarnos en sujetos autónomos económicamente y a asumir de manera individual las consecuencias de nuestros actos. Pero esa respuesta al llamado del



mercado se vuelve imposible en un contexto en el cual precisamente se han precarizado las condiciones sociales y económicas que permitirían viabilizar esos modelos de autonomía (Butler, 2015).

Como veíamos más arriba, la distribución desigual de la precariedad es uno de los correlatos más relevantes de la erosión progresiva de las condiciones institucionales de apoyo a la realización de los propósitos de vida de los individuos. Esta precarización también tiene su corolario en el plano de la intimidad afectiva del sujeto. Como efecto de esa destrucción neoliberal de la “infraestructura” sistémica de apoyo colectivo, nace lo que Hegel denominó en sus *Principios de la filosofía del derecho* “sufrimiento de indeterminación”, vale decir: un creciente sentimiento de angustia ante la evidente imposibilidad de responder a la exigencia impuesta de convertirse en un sujeto autosuficiente.

Aquí pueden sernos de ayuda algunas de las ideas que Adorno y Horkheimer (2017) desarrollaron en su momento acerca del lugar y significado sintomático del antisemitismo en las sociedades capitalistas. Lo que ellos quisieron explicar en las postrimerías del Holocausto, es un problema que nos resulta pertinente puesto que apunta a la difícil cuestión de por qué en determinadas condiciones de una coyuntura, las ideologías del odio pueden volverse capaces de concitar la adhesión y movilizar a amplios estratos de una sociedad, atravesando sectores ubicados en distintas posiciones de clase en la estructura. En *Dialéctica de la Ilustración* esta cuestión se explicita en los términos de una pregunta por las causas que hicieron del antisemitismo un punto nodal de la politización de las masas.

A su manera de ver, en el antisemitismo se conjugaba una determinada economía que vuelve correcta a la pregunta por su rendimiento, pero que no puede ser traducido sin restos a una dinámica de acumulación de dinero o de poder. Efectivamente, si el antisemitismo fascista había logrado movilizar a amplias capas de la sociedad, esto se debe a que esta ideología satisfacía una necesidad central para los sujetos. De esta manera, para Adorno y Horkheimer el antisemitismo como fenómeno de masas no tiene una utilidad material manifiesta, sino por el contrario, estrictamente simbólica. Lo que realiza el



antisemitismo, su *plus* para el sujeto, son sus impulsos destructivos reprimidos en el proceso de su socialización.

Si volvemos a la reacción de júbilo del público del Tea Party, podemos reconocer algo de esta economía libidinal. En efecto, siguiendo la dimensión analizada acerca del principio de la justicia de mercado y la consiguiente idea de libertad que le sirve de fundamento, lo que reconocemos aquí es una cierta modalidad del sujeto que estaría explotando el neoliberalismo de interregno. A esta comunidad de público y líder se le presenta el “otro”, el joven trabajador sin ingresos suficientes para asegurarse una cobertura de salud privada, como una perturbación traumática, algo que interrumpe violentamente el cerrado equilibrio de su identidad de grupo. Podríamos decir que en la afirmación de goce ante la destrucción del otro hay algo que se logra en la subjetividad de los agentes que lo afirman, algo que se satisface con estos movimientos afectivos movilizados detrás de este imperativo de autosuficiencia.

Finalmente, una última dimensión de los problemas expresados en lo ominoso de esta escena refiere al *estilo* de presentación en las justificaciones. En otros momentos de la historia del capitalismo, habría resultado imposible que un candidato en un debate presidencial, ante cientos de personas en la audiencia, y millones de espectadores en la transmisión televisiva, sostenga públicamente que una persona que no puede pagar un servicio de salud privado merece morir.⁵ ¿Cuáles son los mecanismos psíquicos del poder que facilitan este valor de exhibición del placer ante el sufrimiento de los demás? La cultura neoliberal de interregno logra desinhibir algo de lo reprimido (Brown, Gordon y Pensky, 2019: 29). En las declaraciones misóginas, homofóbicas, xenófobas y racistas de los profetas políticos del odio en distintos puntos de la región, en los pedidos de revisión de los juicios a genocidas o a favor de la tortura militar, o en las manifestaciones públicas en contra de las medidas solidarias de protección de indigentes que mueren de frío en las calles de las grandes urbes, lo que se busca es encarnar en el discurso político legitimado la liberación de una dimensión

⁵ Es uno de los grandes descubrimientos de Achille Mbembe (2011) identificar este comportamiento orientado a una legitimación del “dar la muerte” de los otros como una dimensión central del neoliberalismo contemporáneo. Aquí nos ocupamos de estudiar cómo se expresa esta dimensión en el plano “espontáneo” de la ideología.



reactiva del sujeto, en la que puedan derribarse cualquier límite que contenga las tendencias agresivas de la población.

Esos límites o constricciones son los que en la economía libidinal de los sujetos socializados en el marco de la integración sistémica permitía a su vez su incorporación en un modelo democrático de vida comunitaria anclado en una idea solidaria de responsabilidad colectiva. Por el contrario, la declinación securitaria de la ideología neoliberal facilita en sus desnudas expresiones de odio social y crueldad desatada contra los débiles una nueva versión del concepto acuñado originalmente por Marcuse de “des-sublimación represiva”, en la que se resuelve el conflicto interno entre las instancias psíquicas del sujeto a favor de una radicalización de su sujeción. En estas formas colectivas de exhibición de la pulsión de muerte, la sustancia vital libidinal es privada de su carácter inmediato y aparece completamente controlada por los mecanismos de dominación social (Žižek, 2006). En los términos de la segunda tópica freudiana, en la “des-sublimación represiva” que configura el nuevo neoliberalismo, se socializa el inconsciente a través de una identificación entre el ello y el superyó a expensas de la instancia de la reflexión que representa el yo.

Lo liberador en los gritos de la audiencia a favor de la muerte del joven trabajador descansa en la percepción de que hay determinadas constricciones que no dejan expresar una verdad auténtica arbitrariamente contenida. Como corolario, la ideología neoliberal de la crueldad garantiza el bloqueo de la reflexión crítica de los sujetos acerca de la corrosión de los lazos sociales y las obligaciones compartidas de rol que caracterizaban la integración sistémica en el “capitalismo democrático”. Al ser percibidas como coerciones externas que mancillan la experiencia del sujeto, posibilita en sus manifestaciones desinhibidas de violencia y odio ante los más débiles la destructividad de las pulsiones agresivas como solución imaginaria a todos los dramas que le infringe un mundo opaco que no se logra descifrar.

Conclusiones

En este escrito nos hemos acercado al fenómeno de la actual emergencia de fuerzas antidemocráticas en América Latina situándolo en un análisis más

amplio de la estructura y los efectos de la última gran crisis del sistema capitalista para los procesos de coordinación social. En nuestra reconstrucción de distintos modelos de crítica hemos podido determinar cómo la progresiva destrucción de la institucionalidad democrática que supusieron las reformas neoliberales en el centro y la periferia capitalista trajo aparejados procesos de desintegración sistémica con consecuencias de largo alcance en los distintos niveles de la totalidad social.

Podemos concluir que la actual pregnancia social de las nuevas fuerzas antidemocráticas en América Latina manifiesta una apropiación estrictamente política de profundas tendencias ideológicas que hacen a la actual cultura neoliberal y que se encuentran extendidas en distintos estratos de la sociedad. Los “enigmas” de la ideología de la crueldad pueden ser descifrados así por sus rendimientos para la subjetividad contemporánea: ella ha ofrecido a los individuos sobrellevar el drama del “sufrimiento de indeterminación” (Hegel), producido por el interregno entrópico del actual capitalismo neoliberal.

Se trata de una novedosa conjunción de interpelaciones ideológicas y mecanismos libidinales que sirve no sólo para justificar la agudización brutal de las desigualdades sociales en los países del centro y de la periferia, sino *también* para ofrecer mecanismos de reintegración del individuo en una voluntad colectiva delimitada en su identidad por el deseo de castigo hacia los demás. Aun cuando los sujetos a los que aluden los discursos del odio pueden ubicarse en cualquier categoría social, siempre se trata de formas precarias de vida, que padecen la agudización de la distribución desigual de las vulnerabilidades, y que resignifican las formas tradicionales de clasificación que estructuraron la sujeción colonial otorgándoles una nueva actualidad para la reproducción de los mecanismos de dominación social en nuestro presente.

Como en la economía libidinal del antisemitismo que analizaron ejemplarmente Adorno y Horkheimer, aquí vuelve a operar un mecanismo proyectivo que estructura formas renovadas de agresividad hacia los otros. En este sentido, se establece una íntima relación entre el deterioro de las condiciones materiales necesarias para una vida socialmente lograda y las proyecciones

paranoicas de violencia ante quienes se convierten en catalizadores de las frustraciones padecidas.

¿Cómo afectan estas reposiciones violentas de la división de lo social, entre la desintegración sistémica y la re-integración autoritaria, entre la entropía social y las ideologías de la crueldad, a las perspectivas comprometidas con un horizonte emancipatorio de descolonización social? La Teoría Crítica contemporánea requiere de categorías filosóficas y de estudios científico-sociales que permitan interpretar en la prosa del mundo latinoamericano las dislocaciones en las que estas nuevas formas de sujeción crujen, revelando en las prácticas sociales otra idea posible de justicia, en la que la democratización es presupuesto y punto de partida.

Esto inaugura la ineludible pregunta acerca de las dimensiones de la experiencia –corporal y teórica, cultural y política– en las que puedan reconocerse los saberes libres que trabajen desde y sobre lo común no sólo para resistir la precarización neoliberal sino también para proyectar órdenes sociales alternativos en nuestra región, anclados en una noción de responsabilidad colectiva, de cuidado sin cálculo, y de igualdad sustantiva.

Bibliografía

Amin, Samir, "The Return of Fascism in Contemporary Capitalism", *Monthly Review*, vol. 66 (4), 2014.

Balibar, Étienne, *Violencias, Identidades y Civilidad*, Buenos Aires: Gedisa, 2005.

Beckert, Jens, "The great transformation of embeddedness", en: C. Hann y K. Hart (Eds.) *Market and Society: The Great Transformation Today*, Nueva York: Cambridge University Press, 2009.

Boltanski, L. y Chiapello, Éve, *Le nouvel esprit du capitalisme*, París: Gallimard, 1999.

Butler, Judith, *Notes Toward a Performative Theory of Assembly*, Cambridge: Harvard University Press, 2015.

Brown, Wendy, Gordon, Peter y Pensky, Max, *Authoritarianism. Three Inquiries in Critical Theory*, Chicago y Londres: The University Chicago Press, 2019.

Brown, Wendy, *In the Ruins of Neoliberalism*, Nueva York: Columbia University Press, 2019.

Castro-Gómez, Santiago y Grosfoguel, Ramón (org.), *El giro decolonial*, Bogotá: Siglo de Hombre, 2007.

Cornejo Polar, Antonio, *Escribir en el aire*, Lima: CELACP – Latinoamericana editores, 2003.

Davies, William, "The New Neoliberalism", *New Left Review*, núm. 101, 2016.

Fraser, Nancy, *The Old is Dying and the New Cannot Be Born*, Nueva York: Verso, 2019.

Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel. Tomo 2*, México D. F.: Ediciones Era, 1981.

Habermas, Jürgen, *Theorie des kommunikativen Handelns (II)*, Frankfurt: Suhrkamp, 1988.

Harvey, David, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal, 2007.

Honneth, Axel y Joas, Hans (Eds.), *Communicative Action. Essays on Jürgen Habermas's The Theory of Communicative Action*, Cambridge: The MIT Press, 1991.

Horkheimer, Max y Adorno, Theodor, *Dialektik der Aufklärung*, Berlin: De Gruyter, 2017.

Ipar, Ezequiel, "Neoliberalismo y neautoritarismo", *Política y sociedad*, vol. 55 (3), 2018.

Jameson, Fredric, *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham: Duke University Press, 1990.

Lockwood, David, "Social Integration and System Integration", en: G. K. Zollschan y W. Hirsch (eds.) *Social Change*, Nueva York: John Wiley & Sons, 1964.

Membe, Achille, *Necropolítica*, Madrid: Melusina, 2011.

Peck, Jamie, *Constructions of Neoliberal Reason*, Oxford: Oxford University Press, 2010.

Pérez Sáinz, Juan P., *La historia de la desigualdad en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2016.

Polanyi, Karl, *The Great Transformation*, Boston: Beacon Press, 2001.

Prestifilippo, Agustín L. y Wegelin, Lucía, "El neoliberalismo como trama ideológica en la Argentina reciente", *Utopía y praxis latinoamericana*, núm. 74, 2016.



Prestifilippo, Agustín L. y Wegelin, Lucía, "La libertad precarizada. Nuevas formas sociales del padecimiento en el mundo del trabajo", *Argumentos. Revista de crítica social*, núm. 21, 2019.

Quijano, Anibal, "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", en: *Cuestiones y horizontes*, Buenos Aires: Clacso, 2014.

Regatieri, Ricardo, P., *Capitalismo sem peias. A crítica da dominação nos debates no Instituto de Pesquisa Social no início da década de 1940 e na elaboração da Dialética do Esclarecimento*, São Paulo: Humanitas, 2019.

Traverso, Enzo, *The New Faces of Fascism*, Londres y Nueva York: Verso, 2019.

Stiglitz, Joseph E., *El malestar en la globalización*, Madrid: Taurus, 2002.

Streeck, Wolfgang, *Re-Forming Capitalism*, Nueva York: Oxford University Press, 2009.

Streeck, Wolfgang, *Gekaufte Zeit*, Frankfurt: Suhrkamp, 2013.

Streeck, Wolfgang, *How Will Capitalism End?*, Nueva York: Verso, 2016.

Streeck, Wolfgang, "The Return of the Repressed", en: H. Geiselberger (ed.) *The Great Regression*, Cambridge: Polity, 2017.

Žižek, Slavoj, *The Metastases of Enjoyment*, Londres: Verso, 2006.

Contradicciones del Capitalismo y Transformaciones Sociales en América Latina

Resumen

Las sociedades latinoamericanas crujen en nuestros días por la aparición de nuevas formas de radicalización política que, lejos de impugnar al capitalismo, parecen más bien oficiar de canales de oclusión de sus encuadres democráticos. ¿Cómo comprender este proceso en el que se engarzan de forma enigmática el neoliberalismo y las más oscuras fuerzas opuestas al principio fundamental de igual libertad de los miembros de una comunidad política? En este artículo nos acercamos a este problema interpretando las transformaciones sociales que han sucedido a la última gran crisis económica del capitalismo en la región. Para ello, revisaremos algunas discusiones de la Teoría Crítica contemporánea acerca de estos efectos en el nivel específico de las formas de integración que estructuran nuestro mundo social. En este sentido, nos guiamos por una pregunta que acompaña a la sociología desde sus comienzos, a saber: cómo puede verse erosionada la infraestructura de los apoyos colectivos del individuo por las transformaciones históricas del sistema económico capitalista. El escrito finaliza con una aproximación analítica del papel que cumplen en nuestro presente las reconfiguraciones recientes de la cultura neoliberal para la subjetividad contemporánea.

Palabras clave: Contradicciones del capitalismo; Integración Social; Cultura Neoliberal; Ideología; Teoría Crítica Contemporánea; Jürgen Habermas; Wolfgang Streeck; América Latina.

Contradições do Capitalismo e Transformações Sociais na América Latina

Resumo

As sociedades latino-americanas de hoje estão em ebulição com a emergência de novas formas de radicalização política que, longe de desafiar o capitalismo, parecem mais canais para bloquear



os seus quadros democráticos. Como podemos compreender este processo em que o neoliberalismo e as forças mais perversas que se opõem ao princípio fundamental da igualdade de liberdade para os membros de uma comunidade política estão enigmáticamente ligados? Neste artigo propomos abordar este problema através da interpretação das transformações sociais ocorridas na região desde a última grande crise econômica do capitalismo. Para tal, iremos rever algumas discussões da Teoria Crítica contemporânea sobre estes efeitos no nível específico das formas de integração que estruturam o nosso mundo social. Neste sentido, somos guiados por uma questão que tem acompanhado a sociologia desde os seus primórdios, nomeadamente: como a infra-estrutura dos apoios coletivos do indivíduo pode ser corroída pelas transformações históricas do sistema econômico capitalista. O artigo termina com uma abordagem analítica do papel que as recentes reconfigurações da cultura neoliberal desempenham no nosso presente para a subjetividade contemporânea.

Palavras-chave: Contradições do Capitalismo; Integração Social; Cultura Neoliberal; Ideologia; Teoria Crítica Contemporânea; Jürgen Habermas; Wolfgang Streeck; América Latina.

Contradictions of Capitalism and Social Transformations in Latin America

Abstract

Latin American societies today are crackling with the emergence of new forms of political radicalization which, far from challenging capitalism, seem more like channels for occluding their democratic boundaries. How can we understand this process in which there is a mysterious intertwining of neoliberalism and the darkest forces opposed to the fundamental principle of equal freedom for the members of a political community? In this paper we approach this problem by interpreting the social transformations that have taken place in the region since the last great economic crisis of capitalism. In order to do so, we examine some discussions of contemporary Critical Theory about these effects on the specific level of the forms of integration that structure our social world. In this sense, we are guided by a question that has accompanied Sociology since its beginnings, namely: how the infrastructure of the collective supports of the individual can be eroded by the historical transformations of the capitalist economic system. The article ends with an analytical approach to the role played in our present by recent reconfigurations of neoliberal culture for contemporary subjectivity.

Keywords: Contradictions of Capitalism; Social Integration; Neoliberal Culture; Ideology; Contemporary Critical Theory; Jürgen Habermas; Wolfgang Streeck; Latin America.

